



FORTALEZA DE BERTHAUME.

En la última punta del departamento de Finisterre (Francia), se veia antiguamente la famosa abadía de *San Mateo-fin-de-tierra*, cuyas ruinas existen aun, habiéndose construido en medio de ellas un faro. A corta distancia se encuentra la roca sobre la cual está edifi-

cada la fortaleza de Berthoume, que tiene por objeto defender la entrada del canal que conduce á la rada de Brest. La roca de Berthoume tiene 100 varas de elevacion, y está separada de la tierra por un canal de unas 95 varas. Antiguamente habian construido alli un

24 DE FEBRERO DE 1850.



fuerte al cual se llegaba con mucho trabajo: había que ir en lancha hasta el pie de la roca, á cuya cima se subía despues por una escalera abierta en la misma peña.

Cuando se construyó un fuerte sobre los restos de la antigua fortaleza, se quiso ponerle en comunicacion mas directa y fácil con la tierra: colocáronse dos calles paralelas tendidas entre la costa y el fuerte, y se estableció una especie de carrito que deslizándose por las calles, transportase los visitantes del castillo. Este puente extraño existía aun en tiempo del imperio. Las calles se mudaban cada 10 años. Seis personas podían pasar á la vez en el carrito, pero al llegar al centro del espacio, el peso hacia aliojar las cuerdas y había un momento de cruel incertidumbre. Despues se colocaron planchas sobre las calles, formando un puente colgante que por falta de cuidado se ha inutilizado.

### GRANDE HOSPITAL DE SANTIAGO.

Hallábanse los reyes católicos en Compostela para implorar la proteccion del Apostol en la conquista que se disponían á emprender contra los moros del reino de Granada. Era entonces la basilica del Cebedeo uno de los santuarios mas célebres de la cristiandad, y á depositar en ella las mas ricas ofrendas llegaban de todas las partes del mundo conocido los príncipes de la tierra y los mas eminentes personajes. El Apostol Santiago no era solo el simbolo de la verdad católica entronizada en España, sino también el nombre de guerra que conducía á la victoria á los ejércitos de Cristo. La cruz de Jacobo había reemplazado al lávaro de Constantino; y el hurrah de ¡¡Santiago y á ellos!! se oía lo mismo bajo los muros de Tolemaida que bajo los minaretes de Córdoba. El hijo de María San Lomé

Armado de todas armas

á guisa de peleare,

tal como se le continúa pintando aun ahora, era el caudillo que en esa magnífica cruzada de ocho siglos hacia arrojados é invencibles á los soldados de Pelayo y Carlos Martel. Por eso la piedad de Isabel y Fernando no podía menos de ir á invocar su eficaz auxilio para la última y gloriosa campaña que dentro de muy poco tiempo había de lanzar al desdichado Boabdil de sus encantadores salones de la Alhambra.

Era tan inmenso el concurso de romeros que de lejanas tierras concurrían á Compostela, y tantos los que sin mas recursos que los de la caridad pública emprendían esta trabajosa peregrinacion, que el estenso recinto de la ciudad se veía atestado continuamente de gallofos, que así se les llamaba; y muchos que no tenían lugar donde acomodarse sentaban su hospedaje sobre el mismo pavimento de las plazas. No era poco comun que á algunos, afectados acaso con dolencias adquiridas en el transcurso de una marcha, hecha á la inclemencia de las estaciones, se les viese espirar y demandar amparo en medio de las calles, sin que la humanidad de las gentes pudiese venir en su socorro, por carecer de una casa de beneficencia donde recogerlos y asistílos.

Este espectáculo tan triste y deplorable hirió vivamente el magnánimo corazón de los reyes, que ofrecieron, llena el alma de amargura y de lágrimas los ojos, fundar y dotar un hospital donde se atendiese á las necesidades de cuantos fuesen á visitar el Santo Sepulcro, y donde ademas se criasen y educasen los niños espósitos, para cuyo objeto no había hasta entonces edificio á propósito en España. La escasez del erario era grande, pero era mucho mayor la voluntad de los dos regios esposos, y estaban seguros que este liberal propósito, el mas grato de todos á los ojos de Dios, contribuiría poderosamente á espulsar los mahometanos de la península, y á atraer á ella muchas riquezas de países no descubiertos aun. El pensamiento de un nuevo mundo vagaba entonces en sus cabezas, como una de esas ideas sin forma, que son los mensajeros de los destinos futuros que se han de realizar en el transcurso de nuestra vida.

La fundacion quedó resuelta y se confirmó cuando la toma de Granada. Comisionóse á D. Diego de Muros, dean de la Santa Iglesia de Santiago, y bajo el plano trazado por Enrique de Egas, maestro mayor de la Iglesia de Toledo, se comenzaron los trabajos. Este arquitecto era de los mas célebres de su época, y á él se deben el magnífico colegio mayor de Santa Cruz de Valladolid, que hoy sirve de museo de pinturas y arquitectura, el hospital de espósitos de Santa Cruz de Toledo y otros edificios notables en España.

Fué tal la asiduidad y buena direccion de los trabajos, que en 1500 se ejercía ya la hospitalidad en sus estancias.

En 10 de marzo de 1504, con insercion de bula que impetraron los reyes de Alejandro VI para la fundacion del hospital é institucion de su universal cofradia, otorgaron SS. MM. real instrumento de aceptación, é instituyeron la mencionada cofradia bajo el título y advocacion del Santo Apostol. Hicieron tambien algunas ordenanzas para

su régimen espiritual y temporal, las cuales, como veremos, fueron recibiendo sucesivas modificaciones.

En 24 de setiembre de 1524 dió Carlos V la primera constitucion, en vista de los informes recibidos del Lic. Juan Sanchez Bribiesca, visitador enviado al efecto. Son sus disposiciones mas notables,

Art. 7.º Que hubiese cuatro capellanes extranjeros, de los cuales uno debía ser francés, otro alemán y otro flamenco ó inglés.

Art. 20. No solo se disponia que fuesen todos los enfermos pobres, escepto los de dolencia contagiosa, sino que dos personas debían ocuparse en recogerlos por las calles.

Art. 25. Se prohibe la entrada á todo el que no quiera confesarse y sacramentarse.

Art. 71. Se manda abrir una biblioteca pública.

Los peregrinos que vayan á visitar el cuerpo del Apostol, para quienes principalmente ha sido fundada la casa, tendrán albergue, comida y cama, por un tiempo determinado.

En 27 de diciembre de 1590 dió Felipe II la segunda constitucion, en su artículo 8.º se mandó construir un jardin botánico.

En 4 de setiembre de 1697 se dieron los mandatos confirmados por Carlos II. En el 7 se mandaba que los peregrinos tuviesen por cama un jergon de paja, dos mantas de sayal, dos sábanas y un traveseiro de palma, y se les diese cada noche medio cuartillo de vino, media libra de pan, y leña en el invierno.

En 9 de agosto de 1804 dió Carlos IV otra constitucion. En ella se fijó definitivamente el número de los ministros y dependientes del hospital, suprimiendo algunas plazas inútiles, y refundiendo otras en un número menor. Cesó la jurisdiccion espiritual y temporal que antes tenia el administrador, capellan mayor. Para su régimen económico, se creó una junta formada por dos prebendados de la iglesia metropolitana de Santiago; dos regidores y dos caballeros, bajo la presidencia del administrador. Se confirmó la real orden de 5 de junio de 1768, disponiendo que fuesen admitidos los atacados de enfermedades contagiosas, en salas al efecto. Se fijaron los deberes y salarios de los empleados.

La insurreccion de las Américas, y las revoluciones de la península, modificaron la organizacion del hospital, anulando casi por completo todas sus constituciones. La escasez de recursos debida á las consecuencias de aquellos acontecimientos obligó á dar una nueva forma al establecimiento, dejando solo de él la investidura exterior de su riqueza y magnificencia antiguas.

Segun una nueva plantilla aprobada por el Regente del Reino en 12 de junio de 1842, se redujeron los gastos de los empleados á 75,823 rs., resultando una economia de 106,000.

Las rentas de la casa á últimos del siglo pasado, eran las siguientes.

En 5 de mayo de 1492 concedieron SS. MM. perpétuamente á esta su real casa, la tercera parte del producto de votos viejos del reino de Granada, reales. . . . .	176,000
Despues aumentaron con 500,000 mrs. de juro perpétuo en cada un año, situado en las alcabalas del arzobispado, por privilegio despachado en 2 de noviembre de 1502, que uno y otro se siguieron cobrando desde entonces. . . . .	
Varias cartas de privilegio, igualmente de juro perpétuo, se dieron posterior y sucesivamente hasta el año de 1706, importancia. . . . .	37,488
Por real cédula de 27 de mayo de 1705 concedió Felipe V dos mil pesos sobre la tercera parte del producto de las vacantes de obispados del reino de Galicia, y provincias lo cual, á pesar de otras cédulas posteriores no llegó á cobrarse hasta 1760. . . . .	40,000
Por otra cédula de 16 de Julio del mismo año, concedió S. M. otros dos mil pesos de rentas en cada un año, situados en la tercera parte de las vacantes de obispados del Reino y provincias de España, que no principiá á percibirse hasta 1746. . . . .	40,000
Desde 1738 se puso en uso admitir los soldados enfermos, debiendo al efecto pagar la Hacienda 5 1/2 rs. por cada uno diarios. El producto anual de dichas estancias, segun un quinquenio, asciende á. . . . .	22,000
El producto anual de las sincuvas, adquiridas desde 1507 hasta 1568 importaba 3,540 rs., debiendo restar de esta cantidad 10,000 que dejaron de percibirse desde 1808. . . . .	24,540
La almoneda de las ropas que dejan los enfermos, muertos en el Hospital, suele ascender á. . . . .	2,246
Las demandas y petitorios de la Cofradia universal, fundada por los Reyes católicos producian mucho, pero limitadas desde 1737 al arzobispado de Santiago y obispado de Tuy, solo dan. . . . .	7,000
Siempre que usa el Hospital sus campanas, cruz, caldera de	





Hospital de Santiago en Compostela.

plata etc. en el entierro de alguno que no sea dependiente de la casa, cobra algo. Esto suele valer al año. . . . . 220  
 Los foros y arriendos sobre casas y lugares. . . . . 16,000  
 Por censos redimibles. . . . . 10,000  
 Los foros que se pagan en fruto, ascienden á 1990 ferrados de trigo, 536 de centeno y 111 gallinas.

La pérdida de Méjico y Lima, y la supresion del voto de Santiago y diezmos, redujeron las pingües rentas del establecimiento hasta el punto de no bastar para cubrir sus mas perentorias necesidades. En vano se acudió al gobierno reclamando una indemnizacion, ya que no el abono de las cantidades que en los dias de su gran auge habia prestado el Hospital al erario; hasta que al fin, en el año de 1846 por una real orden, fecha 21 de Mayo, se declaró Hospital central de las cuatro provincias de Galicia, y que su déficit gravitase sobre los respectivos presupuestos.

Despues de la ligera reseña del nacimiento, prosperidad, decadencia y estado actual de este grandioso asilo de beneficencia, pasemos á dar un detalle sucinto de su edificio, que es uno de los mas vastos y soberbios que decoran la antigua metrópoli de Galicia.

Se halla en una hermosa plaza á que dió nombre y que desde 1856 se ha convertido en plaza de la Constitucion. Su estructura es gótica, resaltando la profusion de adornos y figuras que decoran su portada y una cadena primorosamente labrada en la piedra que cñe todo el cornisamiento del edificio. Los canalones representan dragones, animales fantásticos y mil figuras caprichosas que hacen recordar la descripcion de Nuestra Señora de Paris hecha por Victor Hugo.

El frontis tiene de latitud 85 varas, y las paredes laterales 180. El recinto abraza cuatro magníficos claústros, con dos fuentes; habitaciones para todos los empleados, corrales independientes y una espaciosa botica. Las enfermerias y el departamento de los espósitos se encuentran en los puntos mas apropósito para la salubridad y la ventilacion. En el crucero de los cuatro cuadros iguales, que forman los claústros, se eleva la capilla construida con el mas fino y esmerado gusto. En el centro de la iglesia hay un retablo que elevándose desde el pavimento en forma de pirámide, y concluyendo en una efigie del crucifijo, sirve para que los enfermos de tres salas oigan desde la cama el santo sacrificio de la misa. El campanario es de una forma original y se compone de barras de hierro enlazadas entre sí, formando una figura cónica. El vestibulo tiene los retratos de los reyes católicos, y á su alrededor varios cuadros pintados en la pared que representan pasajes del Apocalipsis.

Debajo de la ventana que está sobre la puerta principal se lee la inscripcion siguiente.

MAGNUS FERNAND' : ET GRANDIS : HELISABET : PEREGINIS :  
 DV : IACOBI CONSTRUI : IVSSERE : ANO SALUTI : M.D.I :  
 OP' : INCHOAT DECENNIO ABSOLUTUM.

Se admiten toda clase de enfermos, sean de dolencias crónicas ó agudas, afectos internos ó esternos. Para su asistencia y curacion se cuentan dos médicos y dos cirujanos. Los que hoy dia desempeñan estas plazas son los mas notables en Galicia por su ciencia y reputacion. Uno de ellos, don Juan Gutierrez de la Cruz posee un gabinete ornitológico provisto de todas las aves del pais, y que es el primero que de esta clase se encuentra en aquel vasto territorio.

El monumento suntuoso que acabamos de describir tan someramente es todo de mamposteria, y á su espalda se estiende una ancha huerta provista de plantas y hiervas medicinales.

Hasta hace algunos años defendia su fachada principal una hilera de gruesas cadenas de hierro sostenidas por grandes pilas de granito. Hoy desaparecieron aquellas, quedando solo éstas como un recuerdo del simbolo de la autoridad feudal de nuestros mayores.

Ojalá que los gobiernos civilizados del siglo XIX consagrasen á obras de interés tan práctico y beneficioso para los pueblos los medios de accion y fuerza que la nueva civilizacion y las formas sociales presentes han colocado entre sus manos. Acaso entonces seria una verdad para todos la inmensa distancia que se dice existe en el bienestar material de las gentes del año de 1504 y las del año de 1830.

R. R. FIGUEROA.

## ESTUDIOS SOBRE LAS COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

CUADRO SEGUNDO.

¡Cuando el río suena!

(Continuacion.)

Mientras esta duraba Sotopardo, concluida su comision en Madrid, regresó al cuerpo, segun despues he sabido, sin dar de ello aviso anticipado aunque perfectamente en regla, con su pasaporte



del capitán general, y una orden de la superioridad que daba por terminado su encargo. Un teniente de los que estaban á mis órdenes, y á quien permití pasar por un día á la ciudad, me dió noticia de su llegada. ¿Por qué al oírse se aceleraron los latidos de mi corazón? Van Vds. á acusarme de alma rencorosa si les digo que el recuerdo de nuestra primera y única entrevista, vino desde luego á mi memoria, y que con él se renovó mi necia saña contra don Carlos. En descargo de mi conciencia debo decir, que Matilde, el teniente coronel y Mendoza, personas que componían casi exclusivamente mi sociedad, no cesaron durante el año de la ausencia de Sotopardo, de alimentar la mala voluntad que yo le tenía. Almazan le acusaba de egoísta é intrigante; la mujer de Mendoza, sin explicarse nunca claramente, habló enigmáticamente de solteras burladas, de una casada seducida y luego víctima de la locuacidad de don Carlos; el marido de Matilde deploraba un matrimonio perdido, unas canas deshonradas; todos aludían frecuentemente á cierto desafío.... y aun hoy, señores, después de bastantes años, aun hoy me estremece la idea que de mi compañero me hicieron formar. Con todo eso, mi corazón rehusaba dar crédito á ciegas á tanto crimen, y en cierta ocasión fui á mi honrado coronel á rogarle que me aclarase aquel misterio. — Tampoco yo, — me respondió el veterano, — puedo creer todo lo que me dicen. Ese hombre es caballero ó á lo menos lo parece; pero, amigo mío, en casos tales lo mejor es andar con pies de plomo, y no intimarse con personas cuya reputación se halla tan comprometida como la de Sotopardo; porque cuando el río suena....

Don Diego. ¡Hola! parece que el coronel pensaba como yo.

Don Antonio. No se interrumpe al orador.

Alfonso. Ya juzgarán Vds. que la respuesta de mi coronel me dejó tan perplejo como me hallaba antes de consultarle; y disculparán, atendidos los antecedentes, el movimiento de odio que sentí al saber que don Carlos se hallaba de nuevo en la ciudad. Ahora prosigo mi relación. Habría unas dos horas que el teniente llegara, cuando vi entrar en mi alojamiento, no sin sorpresa, á uno de los capitanes del regimiento, llamado Gonzalez, con quien no tenía relaciones tan íntimas que debieran moverle á andar cuatro leguas á caballo solo por el placer de verme, ni tan escasas que exigiese la visita el grande uniforme que vestía. A esas razones añadían Vds. un saludo ceremonioso y cierto aire de preocupación mal disfrazado, y comprenderán que debí prepararme á alguna comunicación extraordinaria. En efecto, pasadas las primeras y usuales frases, Gonzalez me dijo que deseaba hablarme á solas, y dejándonos el teniente, que allí se hallaba á la sazón, entablamos el siguiente diálogo.

Gonzalez. Siento, compañero, ser embajador de malas nuevas, pero V. comprenderá que no he podido escusarme.... — Yo: sin rodeos, compañero, y vamos al grano. — Gonz. Tómese V. la molestia de leer primero esa esquila: — Yo, leyendo en alta voz un papel que me entregó el capitán: «Señor don Alfonso: el dador, nuestro compañero don Francisco Gonzalez, va encargado de pedir á V. en mi nombre ciertas explicaciones que mi reputación exige. Deseando que este negocio se termine como debe entre personas que no solo visten el mismo uniforme, sino que además se honran entrambas con un mismo hábito (el de Alcántara), ruego á V. que no me obligue á traer la contestación á términos mas duros. De todas maneras, tiene la honra de saludar á V. S. Q. B. S. M.

Carlos de Sotopardo.

Algunos instantes confieso que hube menester para recobrar mi serenidad; porque habiéndome yo propuesto ser quien provocase á mi enemigo, tomar él la iniciativa trastornaba enteramente mi plan. Sin embargo, comprendí que mi conducta en aquel primer lance iba á decidir irrevocablemente de mi posición en el cuerpo, y con la posible calma dije á Gonzalez:

—Esta es una credencial en regla: diga V. compañero, que le escucho.—Gonzalez: Sin duda comprenderá V. que don Carlos desea en cuanto con su honor sea compatible, terminar amistosamente el negocio. —Lo que no comprendo es cual sea el negocio, ni en qué, ni como se halla comprometido el honor de don Carlos. —Sin embargo, amigo, hay cosas que por su peso se caen.... Cuando á un hombre se le pone entre la espada y la pared, ¡caramba! ó salta ó es de piedra. —Compañero, si V. quiere que le entienda, es preciso que hable mas claro. —Don Carlos está ofendido. —¿Por quien? —Por V. —¿En qué? —Eso V. lo sabe y él también. —El es posible; yo lo ignoro. —Mire V., Tellez, hablemos como amigos; si V. quiere reñir de todas maneras, sea, pero dígalole francamente. —Señor de Gonzalez, ni quiero ni rehuso reñir: lo que si quiero es saber de qué se trata; lo que rehuso es servir de juguete á nadie en este mundo. —No se trata de eso tampoco. —Pues sepamos de qué: ¿cuál es la ofensa que D. Carlos supone? —La de haber arruinado su reputación en el cuerpo y particularmente con los jefes. —¿Y es á mi á quien de tal se acusa? —Sí señor. —¿Y con qué pruebas? —Lo ignoro. —¿Me ha oído V. alguna vez hablar de don Carlos? —Jamás. —

¿Hay algun oficial en el regimiento, que pueda decir lo contrario? —No lo sé, pero el hecho es que don Carlos ha llegado hace tres días, que algun jefe le ha recibido muy mal, que en diferentes casas le han cerrado la puerta, y que hasta nuestro buen coronel le ha aconsejado que solicite el pase á otro regimiento. ¿Cuál es el origen de tan desagradable acogida? —¿Y yo qué quiere V. que le diga? —Sin embargo, hay quien pretende que V. es causa de todo. —¿Y quien es? —Ignoro quien sea, mas sé que por diferentes conductos ha llegado don Carlos á entender que V. se ha declarado su capital enemigo, que le difama en todas partes que se ha jactado de que le habia insultado.... —Es una infame calumnia. Así lo creo y, en honor á la verdad, así lo cree tambien Sotopardo; pero en su posición actual no le basta eso, si no que es preciso que al regimiento y á la ciudad entera conste su inocencia. Ese es negocio suyo. —Y por eso vengo á buscar á V. en su nombre. —¿Que pide? —Una reparación. —Para darla seria necesario que hubiese agravio de mi parte. —Entendámonos señor don Alfonso: la fama atribuye á V. una ofensa que no ha hecho á la persona que aquí me envía. Cuanto esta diga será de poco peso; pero una palabra de V., imparcial en la materia, puede destruir en un instante la calumnia que oscurece la reputación de Sotopardo. —Ya he dicho á V. que jamás me he ocupado en público de su persona. —Luego si privadamente. —No estoy dispuesto á dar cuenta á nadie, mas que á Dios, de las acciones de mi vida privada. —Pero cuando se trata del honor de su compañero.... —El mío exige que no consienta un interrogatorio de esta especie. —Mire V., compañero, yo aquí soy agente de un amigo y mis instrucciones son pacíficas cuanto serlo pueden. Tendría V. inconveniente en firmar esta declaración? (y me presentó un papel que le devolví sin desdoblarlo). —Ni esa, ni otra, ni ninguna. He dicho cuanto tenia que decir en la materia, y no añadiré una sola sílaba, ni escribiré una letra. —Mírelo V. bien. —Está mirado. —¿Definitivamente? —Irrevocablemente. —En ese caso, la hora, las armas, y el sitio. —El teniente Leon se entenderá con V. —¿Cuándo podrá verle? —Dentro de una hora. —Le espero en la posada. —No faltará. —Pero ¿no será mejor...? —Beso á V. la mano, señor de Gonzalez. —Yo á usted la suya, señor de Tellez.

Don Antonio. ¡Ay Alfonso, Alfonso, qué orgulloso anduvo V.!

Alfonso. Necio é injusto además: pero los antecedentes, mi corta edad, mi carrera, y luego la violencia de mi carácter, sino disculpan, por lo menos explican mi conducta.

Don Diego. Por Dios no mas reflexiones y prosiga la historia.

Alfonso. Convenimos Leon y yo en que el duelo tuviera lugar al sable el jueves próximo (estábamos en martes), y en cierto bosque que á medio camino habia entre la ciudad y el lugar donde los potros forrajaban; y luego mi padrino se puso de acuerdo con el de Sotopardo.

La reputación de don Carlos como valiente y diestro en las armas, ya he dicho á Vds. que era tremebunda; y sin embargo, como yo no me tenía á mí mismo por torpe tirando al sable, no me inquietaba mas de lo razonable el resultado del combate. Decir que alguna vez la carne flaca no se revelase contra el espíritu, seria necia fanfarronada; porque como dice Ercilla,

«El miedo es natural en el prudente,  
El saberlo vencer es ser valiente.»

Pero repito que mis aprensiones, por lo que á la vida respecta, fueron de poca importancia, relativamente á las que por otros conceptos me dominaban. Desde luego se comprende que no acertaria yo á explicar como ni quien habia persuadido á Sotopardo de que su mala fama, ó por mejor decir la exageración reciente de su mala fama, provenia de mí; porque en realidad jamás hice otra cosa mas que escucharlo que de él quisieron decirme Mendoza, su mujer y Almazan. Pero tampoco eso me preocupaba altamente, no: mi pasión á Matilde era superior para mí á la vida y á la honra. La posibilidad de sucumbir en el combate con Sotopardo, me asustaba solo en cuanto podia separarme de mi amada; y la idea de bajar al sepulcro sin que antes supiese al menos mi pasión aquella que la inspiraba, era tormento superior á mis fuerzas. Tomé, pues, la pluma y pasé la noche del martes al miércoles escribiendo, no una carta, sino un proceso lleno de frases reducidas á pedir perdón á Matilde por el delito de idolatrarla; protestar que mi amor no ofendia su recato y virtud, y rogarla que, si la suerte me era contraria, derramase al menos una lágrima sobre mi tumba. Conservo cuidadosamente la tal carta, y siempre que un acceso de vanidad me acomete, la leo, seguro de hallarme humilde y manso como un cordero al concluir la. ¡Tantas y tales son las boberías é inocentadas que contiene!

Pero mientras la escribia y aun después de escrita, confieso que me pareció obra maestra de ternura y de pasión, y tal vez no la trocara por todas las de Rousseau en la nueva Heloisa. Sea como quiera, la dificultad estribaba en que mis tres pliegos de papel, escritos de le-



tra menuda, llegaron á manos de la persona á quien los destinaba, cosa no fácil de conseguir, y comision que mi reserva no queria confiar á ajenas manos. Devanéme los sesos, como vulgarmente se dice, durante un día para imaginar arbitrio que de tal apuro me sacase, y al cabo, despues de haber adoptado y desechado sucesivamente mil proyectos á cual mas absurdos, elegi acaso el mas descabellado de todos, decidiéndome á ser yo mismo el portador de mi carta. Monté, pues, á caballo á la caída de la tarde, y sin mas compañía que la de mi asistente, parti al gran galope para la ciudad, á cuyas puertas llegué ya cerrada la noche.

Mientras duró el camino, pusieron límites el movimiento y la agitacion á las imaginaciones; pero cuando me vi solo en la calle angosta y sombría donde habitaba Mendoza; cuando traje á la memoria que, abandonando un destacamento, cuyo jefe era, sin licencia de los míos, sin disculpa ni pretexto ostensible, iba á entrar en casa de un amigo, ¿y á qué? nada menos que á declararme á su muger; la sangre se me heló en las venas, toda la imprudencia de mi conducta, todo lo descabellado de mi plan, se me hicieron patentes, y hasta los pies, como si hubieran echado raíces en el suelo, rehusaron proseguir el corto camino que me quedaba que andar. Llovía á mares, la noche era oscura como boca de lobo, y ni un alma pasó por la calle en una hora que, envuelto en mi capote, y sin cuidarme mas del agua que me bañaba que de la que inundó la tierra cuando el diluvio universal, estuve inmóvil frente á los balcones de Matilde, no discutiendo, sino desvariando sin razon ni concierto alguno. ¿Creen ustedes que me acordaba entonces del objeto que allí me habia llevado, ni del duelo que me esperaba al siguiente día, ni de mi desercion del destacamento? Si así es, se engañan, porque tal estuve, que yo mismo no sabré decirles qué era lo que por mí pasaba. Unas veces imaginándome á los pies de Matilde, declaraba mi amor con

sentidas razones y ardientes lágrimas.... O'ras veía á un rival favorecido, y era don Carlos.... Ya Mendoza, descubriendo mi pasion, intentaba vengarse; y ya su mujer indignada con mi atrevimiento, me desterraba para siempre de su presencia. En tanto discurría veloz el tiempo y dieron las nueve de la noche; salió entonces de la casa de Matilde un asistente con una cesta y fiambra. Mendoza estaba de guardia indudablemente. Cinco minutos despues brilló una luz detras de una vidriera, de mi bien conocida, la del gabinete de mi amada: abrióse la ventana, y ella misma asomó el cuerpo, miró á un lado y á otro de la calle, y volvió á retirarse, mas solo al dintel del balcon. Aun ahora, que hablo en el puerto de la pasada tempestad, quiere el corazon salirseme del pecho recordando aquella escena; imaginen Vds. lo que seria entonces, que lleno de amor y arrebatado por los celos imaginé desde luego que Matilde esperaba á un rival dichoso. No quiero repetir las locuras que se me ocurrieron, los crueles proyectos que forme, fácilmente se adivinan, y además, no tuve mucho tiempo que dar á mis imaginaciones, pues á poco entró en la calle, por mi derecha, un hombre embozado y con sombrero de paisano, encaminándose resueltamente á la casa de Mendoza. Mis sospechas eran evidencias; mas con ese deseo feroz que á veces tenemos de apurar las heces al cáliz de los agravios, sin duda para justificar la venganza que de ellos intentamos tomar, me oculté en una puerta cochera que á mi espalda estaba, y merced á la oscuridad de la noche no fui visto por el mortal dichoso. Este dió un silvido particular, al cual respondió Matilde asomándose al balcon y diciendo «Ariba» palabra que me parece aun estar oyendo. Mi cólera entonces rompió los diques y como leon furioso me arrojé sobre el desconocido sable en mano y esclamando: «Defiéndete, miserable, ó eres muerto».

(Continuará.)

PATRICIO DE LA ESCOSURA

## UN CUENTO DE AMORES,

ESCRITO

POR D. JOSE ZORRILLA

Y

D. JOSE HERIBERTO GARCIA DE QUEVEDO.

El día siguiente  
Purísimo el sol  
Cual siempre con lumbre  
Serena radió.  
Tormenta de estío;  
Temprano calor  
Formóla, y en furia  
Ligera pasó.  
El cierzo deshizo  
Su pronto turbion  
Con soplo pujante  
Llevándola en pos.  
Y seca la tierra  
Sus lluvias sorbió  
Despues de posado  
Su inmenso alubion:  
Del sol á los rayos  
Tornóse en vapor  
Gran parte, que al punto  
El aire llevó.  
Tornaron los campos  
Con nuevo vigor  
A alzar las espigas  
Que el viento abatió;  
Tornó á embellecerse  
Con nuevo verdor  
La yerba y el césped  
Que el agua embarró.  
Tornaron los olmos  
El grato rumor  
A alzar de sus hojas  
Que el aura enjugó:  
Y oyendo en sus nidos  
Su lánguido son  
Las aves, que el fiero  
Nublado espantó,  
La luz saludaron  
Con dulce clamor  
Lanzándose al viento  
Con vuelo veloz.  
La atmósfera entonces  
Mas pura quedó,  
Sin mancha de nubes

Su azul estension.  
El pueblo á sentirse  
Con vida tornó.—  
Cediendo al instinto  
Su buen corazon,  
A ver los sembrados  
Salió el labrador:  
De fieles podencos  
Seguido, el zurrón  
Repleto, á los sotos  
Volvió el cazador.  
Y abriendo el aprisco  
Dó se guareció  
Tornó sus rebaños  
Al monte el pastor.  
Y así de la vida  
Al ruido y accion  
Por campos y pueblos  
La tierra tornó.  
Tan solo el palacio  
Del viejo mansion  
Gozar de aquel nuevo  
Placer no mostró.  
En todo aquel día  
Ninguna se abrió  
De las anchas rejas  
Del muro exterior  
Ni nadie pasando  
Vió abierto el porton,  
Ni nadie á sus dueños  
Asomarse vió.  
Y así pasó un día,  
Y corrieron dos,  
Y así la semana  
Completa pasó.  
Tan solo el domingo  
Cuando el esquilon  
Del templo á la misa  
Del alba tocó  
Acudió á la iglesia  
Con su padre Flor,  
Y luego á cerrarse  
La casa tornó.

Tildose en el pueblo  
De extraña aprension  
Del viejo, un retiro  
Tan nuevo: y echó  
Por muchos caminos  
La murmuracion,  
Mas de ellos la causa  
Ninguno esplicó.  
Y así pasó en tal misterio

Del verano la estacion,  
Y un templo alzado al silencio  
El palacio semejó:  
De toda amistad antigua  
Y de toda relacion  
Con las gentes del lugar  
El viejo se retiró.  
Solo salian al templo  
Con la aurora el viejo y Flor  
Y segun al encontrarlos  
Algun curioso notó  
Iba el viejo como nunca  
Con torba fáz, é iba Flor  
Tan pálida y melancólica  
Como si en su corazon  
Llevará un grande pesar,  
O la mano del Señor  
De una enfermedad la hubiera  
Cargado con la afliccion.

### CAPITULO VII.

#### Flor-del-Alba.

Pasaron los ardientes  
Calores del verano:  
Del álamo las hojas  
Amarillean ya.  
Las eras están limpias  
Y recogido el grano  
La fruta sazónada  
Para cogerse está.

De la fecunda viña  
Entre las anchas hojas  
Crecidos los racimos  
Empiezan á pintar:  
Las ubas de los negros  
Empiezan á ser rojas:  
Los blancos trasparencia  
Comienzan á tomar.

Se acerca la vendimia.  
De todos los lugares  
Anuncian los peritos  
Que llegan á sazón.  
Los cuébanos se aprestan,  
Se limpian los lagares,  
Se ajustan los obreros  
Que llegan en monton.

Que al suelo castellano  
Para vendimia y siega,



En bandas numerosas  
Buscándose jornal;  
De Asturias y Galicia  
La muchedumbre llega,  
Dejando de sus riscos  
El áspero herial.

El ruido y movimiento  
Su turba forastera  
Con danzas y cantares  
Aumenta por dó quier;  
Y en tanto que los días  
De su trabajo espera  
Se apresta á las de afanes  
Con horas de placer.

¡Oh cuán alegre tiempo!  
No hay época mas grata  
Al corazón sencillo  
Del franco labrador:  
Ni oyeron cortesanos  
Tan dulce serenata  
Como el lejano acento  
Del buen vendimiador.

¡Qué hermoso el campo entonces!  
¡Cuál brilla en armonía  
El verde de los campos  
Con el celeste azul!  
Las noches son serenas  
Y el resplandor del día  
Parece que se temple  
Con transparente túl.

El aire atravesando  
Por la feráz campiña  
Cubierta de verdura  
A los sentidos trae  
El fresco y deleitoso  
Perfume de la viña,  
Y la hoja que temprana  
Del álamo se cae.

No tiene aura mas pura  
Vivífica y salubre  
De las primeras flores  
La mágica estación:  
Que la que trae setiembre  
Y espira con octubre  
De sus airados vientos  
Entre el rugiente son.

Este es el tiempo bello  
Fecundó en poesía  
Y pródigo en deleites,  
Del genio inspirador.  
Sus auras son cargadas  
De aromas y armonía,  
El soplo con que al mundo  
Anima el criador.

Si si: la brisa fresca  
Fugáz, murmuradora,  
Que arranca en el setiembre  
La postrimera flor:  
La ráfaga es que anima  
La llama creadora,  
Que en nuestras almas puso  
La mano del señor.

Si; siempre fué el otoño  
Mi dulce primavera,  
De poesía y flores  
Mi pródigo estación:  
Y aspiro yo con ansia  
Su ráfaga postrera,  
Y en ella es donde bebo  
Mi nueva inspiración.

Si, ven, brisa de otoño,  
Y aunque tus roncadas alas  
El arboleada yermen  
Que cobijó un eden,  
Aunque en zarzales tornes  
De mi vergel las galas,  
¡Oh brisa de setiembre  
Consoladora, ven!

Ven á templar el fuego  
Del abrasado estío,  
Ven á mi lira muda

Cantares á inspirar.  
Ven á rasgar las nieblas  
Do al pensamiento mío,  
El perezoso agosto  
Sepulta á mi pesar.

Ven, ven: pues si tu soplo  
Los árboles despoja  
De un opulento y verde  
Y ameno pabellón;  
También es cierto, ¡oh brisa!  
Que en pos de cada hoja,  
Arrancas un instante  
De pena al corazón.

Yo siempre te he querido;  
Constante y confiado  
Hete aguardado siempre  
Con invariable fé:  
Mil veces por tu vuelta  
Con ansia he suspirado,  
¡Oh brisa de setiembre  
Jamás te olvidaré.

Ven; ya para gozarte  
Se esplayan mis sentidos;  
Mis labios entreabiertos  
Para aspirarte están:  
Atentos se preparan  
A oírte mis oídos,  
Y aguarda que le orés  
Mi rostro con afán.

¡Oh cuánto me embelesa  
Tu desigual murmullo,  
Y cuanto me enamora  
Tu vagabunda voz!  
¡Cuán dulces pensamientos  
Alhagan con tu arrullo,  
Mi mente cual tú vaga  
Y como tú veloz.

Mis ojos te imaginan  
En medio el remolino  
Que de agostadas hojas  
Y polvo desigual;  
Elevas revoltosa  
En medio del camino  
En tosca y momentánea  
Y rápida espiral.

Ya juzgo que te veo  
Entre la blanca tropa  
De fadas y de silfos  
Que van en tu redor;  
Las orlas arrastrando  
De tu flotante ropa,  
Y aun percibir sospecho  
Tu cuerpo sin color.

Ya pienso que graciosa,  
Versátil, hechicera,  
Vestida de una nube  
Como tu ser sutil;  
Cabalgas en el viento,  
Emanación ligera,  
De la frescura antigua  
Del bosque y del pensil.

¡Oh cuánto me embelesa  
De los torcidos troncos  
Mirar de una alameda  
Que á desnudarse vá;  
Huir una tras otra  
Entre suspiros roncados  
Las resonantes hojas  
Descoloridas ya!

El río que susurra,  
Bajo las verdes cañas;  
El aura que se aduerme  
Entre una y otra flor;  
El sonoro arroyo  
Que corre entre espadañas,  
No igualan tus rumores  
Con su gentil rumor.

En ese incomparable  
Monótono lamento  
Con que despide el árbol  
Sus hojas, que se van;

Con que llorando implora  
La compasión del viento  
Que al paso le deshoja  
Sin comprender su afán:

Acaso no halla el vulgo  
Mas que el rumor penoso  
Del aire y de las hojas  
Que arrastra en pos de sí:  
Mas sus compases vanos,  
Lenguaje misterioso,  
Palabras escondidas  
Contienen para mí.

Si, brisa, en tus murmullos  
Y en tus errantes giros  
Entre las secas ramas  
Alcanzo á comprender;  
De espíritus ocultos  
La voz y los suspiros,  
Con que á mi ser responde  
Su misterioso ser.

No son las mentirosas  
Efímeras visiones  
Que en ti la fantasía  
Poética fingió:  
No son las ilusorias  
Sublimes creaciones  
En que inspirada aborta  
La poesía, no.

Espíritus son esos  
Con pensamiento y vida,  
¡Oh brisa! porque siento  
Sobre tus alas ir;  
Los plácidos recuerdos  
De la niñez perdida,  
Las bellas esperanzas  
Del tardo porvenir.

Tú tiendes á mis ojos  
Cual vasto panorama  
Cualto mi ser espera  
Cualto en mi ser pasó:  
Delante de mis ojos  
Tu aliento desparrama  
Los íntimos deleites  
En que me embriago yo.

Las auras olorosas  
Del lujurioso mayo,  
Mi espíritu adormecen,  
Enervan mi valor.  
Mi pensamiento embarga  
Letárgico desmayo,  
Y ¡ay necio del que entonces  
Recuerde al trovador!

Del sol de julio el fuego  
Inspira solamente  
Al moro que dormita  
Tendido en el harén:  
Y acaso allá de América  
La perezosa gente,  
Tranquila en sus hamacas  
Le gozará también.

Mas yo no cuento nunca  
Por horas de mi vida  
Las horas del estéril  
Estío asolador:  
A mi comienza el año  
Con mi estación querida:  
Yo vivo cuando mueren  
El árbol y la flor.

Yo cuento solamente  
Por horas de mi vida  
Las en que siento ¡oh brisa!  
Sobre tus alas ir;  
Los plácidos recuerdos  
De la niñez perdida,  
Las bellas esperanzas  
Del tardo porvenir.

Tú solo eres, otoño,  
Mi tiempo verdadero,  
Mi edad, mi primavera,  
Mi inspiración mi Edén:  
Envidia tengo entonces



De Pindaro y de Homero...  
Ven brisa de setiembre,  
Para mi gloria, vén!

¿Mas dónde me arrebató  
Mi loca fantasía?  
¿Adónde vá buscando  
Belleza y poesía  
Perdida de los vientos  
Sobre la azul region,  
Cuando la misma brisa  
Me llevará delante  
Del dulce y melancólico  
Poético semblante  
De Flor que la respira  
Con vaga distraccion?

Del muro solitario  
Abierta la ventana  
De amor y de hermosura  
Como ilusión ufana,  
Su suave y espresivo  
Contorno deja ver:  
Y allí desde la altura  
La distraida niña,  
Aspira el aromado  
Vapor de la campiña,  
Que con las brisas viene  
Sus rizos á mecer.

La sien sobre su diestra  
Reclina, que doblada  
Mantiene su cabeza



Bellísima inclinada,  
Con espresion tranquila  
De dulce languidez:  
Y embebecida en vagos  
O tristes pensamientos,  
Está en uno de aquellos  
Pacíficos momentos  
En que reposa el cuerpo  
Y el ánimo á la vez.

En una de esas horas  
De indefinible calma,  
En que triste dulce  
Nos adormece el alma,  
Y plácidos recuerdos  
Fermenta el corazón:  
En una de esas horas  
De insomnio y poesía  
Cuyo beleño blando  
En su aura nos envía  
Tan solo del otoño  
La mágica estación.

Sonrisa melancólica  
Sus labios hermosa;  
Con sus flotantes rizos  
El aura juguetea,  
Lasciva acariciando  
Su rostro juvenil.

Mas nubla la tristeza  
Sus ojos de paloma  
Y á sus megillas puras  
La palidez asoma,  
Sus rosas marchitando  
Con tintas de marfil.

Tal vez pesar secreto  
Su corazón abruma:  
Tal vez alimentada  
Sin tiempo la consume  
Efímera esperanza,  
Recuerdo engañador.  
Mas niña que en sus bellos  
Abriles apetece  
La soledad, y llora  
Medita y palidece,  
El mal que la atormenta  
No es mas que mal de amor.

La tez de Flor-del-Alba  
Amor es quien marchita,  
Amor es el impulso  
Que á contemplar la incita.  
El campo ilimitado  
Del hondo porvenir:  
Medita y ambos ojos  
Por la herial campiña,  
Llorando sus enojos

Tiende la pobre niña:  
Vése acuitada y huérfana  
Y ansia por morir.

## CAPITULO VIII (1).

## I.

## Un año después.

En una estrecha y oscura  
Y torcida callejuela,  
De la coronada villa  
Por dó Manzanares lleva  
Su corriente tortuosa  
Tan pudibunda y modesta,  
Que mas que el agua del río  
Se vé del fondo la arena:  
En una calle dijimos  
Por lo estrecho, callejuela,  
Y mas oscura y torcida  
Que el laberinto de Creta;  
Hay una casa de pobre,  
Aunque muy limpia apariencia  
Que parece de artesanos  
Acomodada vivienda;  
Mas la gente que la habita,  
Tal vez por causas secretas,  
Al trato con sus vecinos  
Con tanto teson se niega:  
Que las comadres del barrio  
Aun las mas duchas y arteras,  
Que á descifrar un enigma  
Al diablo se las apuestan;  
Averiguar no han podido  
Qué gentes serán aquellas,  
Y eso que há ya mas de un año  
Que á fijarse allí vinieran.  
Un viejo son y una jóven  
Segun los curiosos piensan  
Del andar y la apostura  
De los dos, cuando á la Iglesia  
Parroquial, por las mañanas  
A misa van; mas no aciertan  
A descubrir ni su clase,  
Ni sus medios de existencia  
Ni sus rostros, que embozado  
El en una capa negra,  
Y ella en manto muy cumplido  
El tallo y la cara envuelta,  
Jamás vislumbrar dejaron  
Mas que un ojo y media ceja:  
—Y esto es lo que á las comadres  
Mas enfada y desespera.—  
Y ensartando á troche y moche  
Mil conjeturas diversas,  
Hay quien supone al anciano  
Personage de gran cuenta  
Que disfrazado se encubre  
La ley temiendo severa,  
De algun horrendo delito  
Por evitar la sentencia.  
Quién dice que es un avaro  
Recien venido de América  
Que oculta inmensos tesoros  
Bajo hipócrita pobreza;  
Y no falta quien de espia  
Acusándole, asevera,  
Que fué un tiempo muy su amigo  
Allá en la corte de Viena:  
Y aquí es de escuchar el coro  
De las maldicientes viejas,  
Que en los dos desconocidos  
Su impotente saña ceban;  
Y ensalzando al rey Felipe  
Hasta la azulada esfera,  
Juran con ardiente rabia  
Contra la gente tudésca.  
Mas las opiniones todas  
En una cosa concuerdan:  
Y es que al dejar al anciano  
Por su joven compañera,  
Todos suponen á una  
Que debe de ser muy fea,  
Y pues que vá tan tapada,  
Al menos bisoja ó tuerta.  
Juicio comun de los hombres  
Que creen que les hace ofensa  
Quien oculta propias cuitas

(1) Aquí entra lo que ha escrito en este cuento el señor García de Quevedo.



De indiferencias ajenas,  
Y vengan culpas soñadas  
Con calumnias verdaderas.

## II

## El encuentro

Desempedrando la calle  
En una andadora yegua  
Que del Betis cristalino  
Nació en la verde ribera;  
Cuando el moribundo rayo  
Del sol se vislumbra apenas,  
En los extremos remates  
De las mas altas veletas;  
El Dios Marte en la apostura,  
Si de bondad no inquiera,  
Clara espresion amorosa  
Su pálida faz morena:  
A trote largo vá un mozo  
De veinte y ocho años á treinta:  
Y al desusado ruido  
Que al chocar sobre las piedras,  
Producen las herraduras  
De la trotadora yegua,  
Acuden á sus balcones  
En ruidosa competencia,  
Hombres mugeres y ancianos  
Y chiquillos y mozuetas.



Mas no mira el pasajero  
Que causa gran estrañeza  
En el apartado barrio  
Su noble y marcial presencia;  
Y en pensamientos profundos  
Sumida el alma, las riendas  
Sobre las trenzadas crines  
Al aire flotando sueltas  
Vá cruzando, cual si el sino  
Dirigiese su carrera,  
Estatua ecuestre animada,  
Por la circunstancia escena.  
Mas al pasar por delante  
De la misteriosa puerta  
De aquella casa que escita  
Curiosidad tan intensa;  
A una exclamacion gozosa  
Que pronunció una voz tierna,  
Lleno de asombro el viandante  
Alzó la noble cabeza;  
Y mientras con diestra mano  
El brioso animal refrena,  
Las espesas celosias  
Por atravesar se esfuerza,  
Con miradas que un abismo  
De indómito amor revelan.  
Entreabrióse la ventana,  
Y mas hermosa que estrella

Que al triste náufrago anuncia  
El fin de horrible tormenta;  
Mas plácida que la luna  
Cuya blanda luz riela  
Sobre las olas de un lago  
En noche clara y serena;  
Mas bella que la esperanza  
Y como la dicha bella,  
Asomóse un breve instante  
Una mujer; la sorpresa  
Embargó la voz del mozo  
Un punto, mas luego: « ¡ Es ella ! »  
Esclamó: — la celosia  
Cayó; mas una ligera  
Señal de la hermosa jóven,  
En su sencillez compleja  
Dijo al mancebo: « no tardes  
En volver que aquí te esperan. »  
Y en el language espresivo  
De su mirada resuelta  
Contestola él: « No haré falta. »  
Y clavando ambas espuelas  
En los lucientes hijares  
De la trotadora yegua,  
Va por la calle torcida  
Corriendo á toda carrera.

(Continuará.)



## Origen de la palabra seis.

Entre la muchas voces que la lengua hebrea ha trasmitido á la nuestra, es digna de notarse la palabra con que designamos el numeral *seis* la cual no tan solo la ha adoptado el idioma español, sino que en casi todos los conocidos la hallamos. En efecto: el griego dijo *ex*: el latín *sex*: el italiano *sei*: el francés *six*: el alemán *sechs*: el belga *ses*: el polaco *sześć*: el inglés *six*: el vasco *sei*. Este paralelismo que guardan entre sí las lenguas respecto á la palabra que nos ocupa, manifiesta suficientemente que en el origen de ella, hubo alguna cosa de notable, en atención á la cual todas sin vacilar la adoptaron para espresar la idea misma que motivó su formación; no de otro modo se concibe como pueda explicarse el hecho de haber recibido una misma palabra, idiomas de procedencia enteramente distinta, como lo son p. e. el inglés y el italiano, el alemán y el francés: no de otro modo se concibe como una palabra haya infiltrado por todas las lenguas, desde la antiquísima y acaso primitiva en que tuvo origen hasta los dialectos mas modernos. Pero lo mas particular es, que en ninguna ha podido explicarse ni darse razon de esta palabra, en ninguna se ha podido decir por qué se llamó así, en ninguna se ha podido observar la conveniencia del nombre con la cosa; siendo preciso acudir á la lengua hebrea para indagar su formacion y patentizar su origen, el mas natural, por cierto, que puede darse. Entre las letras del alfabeto hebraico hay una así  llamada *sin* y cuyo valor fónico ó de pronunciaci6n es nuestra *s*: á la simple inspeccion de este geroglífico, cualquier echa de ver que su figura consiste en tres brazos; por consiguiente duplicándole, resultará caligráficamente una dición formada por seis trazos y fónicamente la palabra *ses*: hé aqui ya el origen del *seis* de todas las lenguas, constituido del modo mas ingenioso, como acabamos de ver, y al mismo tiempo filosófico, como pasamos á examinar, todos los signos hebreos tienen además del nominal y el de pronunciaci6n, un valor ideológico; es decir, todos los signos hebreos representan un objeto en el orden moral: pues la letra  (*sin*) envuelve en sí la idea de *naturaleza*, de modo que duplicada (la repetici6n es uno de los modos de hacer el superlativo hebreo) equivaldrá á *naturaleza aumentada*, *cúmulo de naturaleza*; *naturaleza consumada* y *perfecta*: aqui tenemos la espresion mas sublime y mas concisas de las *seis* épocas de la creacion.

Convengamos, pues, en que la palabra hebrea *ses* no pudo ser otra cosa, caligráfica, fónica ni filosóficamente considerada, y que con razon las lenguas todas la han adoptado, si bien ya en ninguna de ellas existen las poderosas razones que presidieron á su formacion. Mucho pudiera decirse, fundados en lo que acabamos de espresar, en favor de la primordialidad y originalidad del hebreo; pero

seria estralimitarnos y alargar inoportunamente un artículo en que solo nos hemos propuesto presentar una belleza de las en que abunda estrordinariamente la lengua de David y de Salomon.

S. CATALINA.

## El tiempo.

No hay cosa mas larga que el tiempo porque es la medida de la eternidad; no hay cosa mas corta; porque nos falta para todos nuestros proyectos; no hay cosa mas lenta porque espera; no hay cosa mas rápida; porque huye; en grande se estiende hasta lo infinito, se divide hasta lo infinito en pequeño; todos le desperdician, todos sienten su pérdida; sin él nada se hace; olvida lo que es indigno é inmortaliza los grandes hechos.

## LOS MÉDICOS.

Los médicos son instrumentos de la cólera de Dios, con ellos nos amenaza en aquellas terribles palabras del Eclesiastes: « *Qui ditiñ-quit in compecta ejus qui fecit eum, incidit in manus medicí.* »

## GEROGLIFICO.

